

Transformaciones en la representación política argentina. El caso de la ciudad de Buenos Aires.

Mauro Sebastián.

Cita:

Mauro Sebastián (2010). *Transformaciones en la representación política argentina. El caso de la ciudad de Buenos Aires. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/314>

Transformaciones en la representación política argentina.

El caso de la ciudad de Buenos Aires

Sebastián Mauro*

Desde la recuperación democrática en 1983, la política argentina ha sufrido profundas transformaciones, en sintonía con el proceso de cambio social, económico y cultural derivado del fin del modelo de desarrollo basado en la industrialización por sustitución de importaciones. En el ámbito político, la erosión del predicamento de los dos principales partidos políticos tradicionales ha derivado en una profunda fragmentación y fluidificación de la dinámica política, primero a partir de la irrupción de terceras fuerzas políticas, y, luego de la crisis multidimensional de 2001, en un nuevo modelo de organización política, basada en la articulación entre grupos heterogéneos de poderes territoriales, cuadros políticos en disponibilidad y líderes de popularidad con alta visibilidad pública.

Las transformaciones en los partidos políticos argentinos han encontrado en la literatura dos líneas de interpretación divergentes. Por un lado, numerosos estudios¹ tienden a resaltar los elementos de continuidad, al observar la capacidad de resistencia de las organizaciones partidarias en un contexto de “descongelamiento” y “desnacionalización” de la competencia electoral. Por el otro, varios trabajos enfatizan los elementos de ruptura, especialmente en la relación entre los partidos y el electorado, interpretando los fenómenos de personalización y mediatización de la política como síntomas de un proceso más profundo de declive de los partidos como articuladores de las identidades políticas².

Una preocupación de los estudios políticos contemporáneos ha consistido en articular ambas perspectivas. Algunos trabajos recientes³ postulan, continuando la línea trazada por Peter Mair⁴ para las democracias europeas, una “estatalización” de los partidos,

* Licenciado en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires). Becario del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (Universidad de Buenos Aires).

¹ Malamud, 2004; Leiras, 2007.

² Cheresky, 2006; Rinesi, Nardacchione y Vommaro, 2007.

³ Scherlis, 2009

⁴ Mair, 1997, 2005.

caracterizando sus nuevos formatos como redes pseudoestatales, casi por completo desvinculadas de los debates de una sociedad civil preocupada por otras cuestiones. Otros estudios⁵ se dedican a señalar el impacto diferencial de la crisis de los partidos en los polos de la política argentina, escindiendo el declive del polo no peronista del sólido arraigo institucional y territorial del polo peronista. Un tercer grupo de trabajos⁶ continúa esta diferenciación entre familias políticas, pero para señalar los elementos de continuidad en las preferencias electorales: desde esta perspectiva, la desorganización partidaria no disuelve la diferenciación entre peronistas y no peronistas, o entre centroderecha y centroizquierda, y ello se debe a que el electorado continúa fidelizado, aún cuando las agrupaciones políticas fallen en el intento de monopolizar su representación. En segundo lugar, el colapso del sistema partidario porteño ha arrastrado consigo tanto al polo peronista como al no peronista

La ciudad de Buenos Aires representa, por diversas razones, un desafío a dichas concepciones sobre la política argentina. En primer lugar, porque se caracteriza por un espacio público vibrante, donde una gran circulación de información mediática así como una importante presencia de la sociedad civil en las calles interpelan permanentemente a las instituciones, obligando a los líderes políticos a ensayar formas de articulación con la multiplicidad de discursos sociales en disputa. En segundo lugar, el colapso del sistema partidario porteño ha arrasado no sólo con las organizaciones del polo no peronista, sino que también ha quebrado al peronismo en una galaxia de redes con escaso control territorial. Por último, el análisis del comportamiento electoral demuestra que el proceso de fragmentación política no afecta sólo a los partidos, sino también a un electorado que, si bien mantiene ciertas orientaciones ideológicas mínimas, actúa cada vez más selectivamente y con menos ataduras tradicionales.

En este sentido, es posible inferir que la dificultad de estas perspectivas para caracterizar el complejo y cambiante escenario porteño es que todas coinciden en privilegiar una perspectiva organizacional, ya sea para destacar la capacidad de resistencia y adaptación de los partidos, o para postular su evolución hacia formatos más flexibles. Si bien esta segunda línea puede ser fructífera, centrar la atención exclusivamente en los elementos organizacionales obtura la relación que estos actores

⁵ Torre, 2003.

⁶ Calvo y Escolar, 2005.

entablan con la sociedad civil y la opinión pública. Para poder abordar esta dinámica es necesario insertar el estudio de los nuevos formatos partidarios en una concepción identitaria de los procesos políticos, en tanto es en esta dimensión donde se reorientan los puntos de atracción de las redes y se desplazan las “sensibilidades” políticas del electorado.

Dicho proceso ha sido constatado también por la literatura sobre movimientos sociales, identificando el declive de los actores corporativos por nuevas formas de asociación, organización e intervención en el espacio público; las cuales, no obstante, no han sido capaces de reemplazar a los actores de antaño.

Dada la fluidez que hemos señalado, hablar de identidades políticas induciría a error, por lo que nos dedicaremos a estudiar a la política porteña como una sucesión de procesos de identificación, es decir, de procesos de formación de identidades que se superponen sin llegar a sedimentar en formas político partidarias duraderas.

En este sentido, en lo que sigue se analizará esta nueva dinámica política en el distrito subnacional que ha presentado las tendencias más radicales hacia la mediatización y personalización de la política: la ciudad autónoma de Buenos Aires. Capital de la República, la ciudad tiene el estatuto de un estado autónomo desde 1996, y fue el bastión de los principales emprendimientos políticos innovadores (principalmente a partir del alto grado de mediatización de los asuntos públicos), así como la sede de nuevas formas de protesta social, configurando un escenario altamente fluctuante y fragmentario, con una compleja y variable polarización ideológica entre progresismo y centroderecha.

El descongelamiento partidario y la crisis de representación

En el marco del ambicioso programa de reformas que llevó adelante el primer gobierno de Carlos Menem, la reestructuración de varios elementos constitutivos del federalismo argentino implicó la elevación de la Capital Federal al nivel de estado autónomo, lo que configuró (aún al día de hoy, parcialmente) una esfera política e institucional propiamente local.

El proceso de autonomización, iniciado con la reforma constitucional de 1994, seguido por la elección del ejecutivo local (1996) y la sanción de la constitución porteña (1996), acontecía en el marco de reformas sociales, económicas y culturales profundas, que transformaron la relación entre la ciudadanía y sus canales de expresión, agregación y participación, erosionando sensiblemente la capacidad de los partidos políticos para organizar el debate público. En este sentido, los procesos de personalización, mediatización y territorialización de la política aparecían como marco de las transformaciones sufridas por el peronismo y el radicalismo, tanto en su dimensión identitaria como organizacional.

Dichas transformaciones ofrecieron las bases para el desgaste del bipartidismo argentino, permitiendo el surgimiento de terceras fuerzas competitivas, que rápidamente hegemonizaron la esfera política porteña. Las condiciones de emergencia y predicamento del Frente País Solidario (Frepaso) deben buscarse, más allá del contexto que propiciaban la personalización y mediatización de la política (y su desconexión del plano laboral o social), en las particulares situaciones que atravesaban el peronismo y el radicalismo. En el caso del primero, la pérdida de la fisonomía obrera que caracterizara al movimiento, dejó como único marco de interpretación al discurso de paz social y orden, deteniendo lo que algunos analistas⁷ habían denominado el péndulo ideológico entre el polo nacional-popular y el polo nacional-estatal. En el caso de la Unión Cívica Radical (UCR), la frustración de las promesas que había encarnado Raúl Alfonsín durante la transición democrática dejaban al centenario partido sin figuras competitivas ni capacidad de definir un perfil opositor, que pudiera presentarse de manera verosímil ante el electorado.

De este modo, el Frepaso adquirió protagonismo en las elecciones para convencionales constituyentes de 1994, denunciando no sólo el giro neoconservador del menemismo y la falta de respeto a las instituciones que lo acompañaba, sino también la connivencia del radicalismo, hecho patente en el denominado pacto de Olivos. Esta nueva fuerza política aglutinaba un heterogéneo conjunto de espacios políticos detrás de la figura de “Chacho” Álvarez, temprano desertor del bloque justicialista en Diputados, que se había convertido en el más hábil enunciador del discurso antimenemista. El descontento

⁷ Aboy Carlés, 2001; Novaro, 2006.

presente en un electorado tendencialmente desleal (particularmente en la ciudad de Buenos Aires) presentaba, ya con anterioridad a la reelección de Menem, una multiplicidad de vectores. La progresiva convergencia de tales vectores en la figura de Álvarez dependía de su capacidad para mantener un discurso polisémico y una flexibilidad organizacional, lo que le permitía esquivar las rigideces propias de compromisos muy precisos frente al electorado o a sus asociados⁸.

La eficacia de la ambigüedad discursiva se verificaba en el vertiginoso crecimiento electoral de la fuerza política, que desplazó a la UCR del segundo lugar en las elecciones presidenciales de 1995 y mantenía un fuerte predominio en la ciudad de Buenos Aires. La eficacia electoral facilitaba la convivencia entre estructuras organizativas heterogéneas y liderazgos de popularidad superpuestos, y disciplinando a los sectores internos que propugnaban por una definición programática más contundente⁹. La presencia diferencial del Frepaso en los grandes centros urbanos (donde la mediatización de la política era más patente) derivó, por otra parte, en una fragmentación de las dinámicas políticas, y una progresiva diferenciación entre una política mediatizada, donde el peso de las estructuras y las tradiciones era más débil, y una política territorializada, en la que las estructuras políticas cumplían una función de contención sobre los pauperizados actores sociales¹⁰. De este modo, entre los múltiples vectores del descontento hacia el gobierno menemista, aquellos vinculados a los electorados de clase media aparecían como los más convocantes, mientras que las referencias demasiado concretas al modelo económico parecían tener efectos disruptivos en esta convergencia. En este sentido, Álvarez iría delineando una forma particular de describir sus críticas al gobierno menemista, exitosa en contener la multiplicidad de expectativas: utilizó el significante corrupción como dispositivo de diferenciación política. El término confluía con facilidad con el discurso mediático, centrado en la denuncia de hechos puntuales, y, al mismo tiempo, interpelaba al electorado en su conjunto, sin introducir distinciones ideológicas que resultaran expulsivas.

⁸ Corral, 2007.

⁹ Corral, 2007; Novaro, 2006.

¹⁰ Auyero, 2001.

A pesar de que la eficacia electoral del Frepaso continuaba vigente, luego de la reelección de Menem, la fluidez del escenario político (con la ciudad de Buenos Aires a la cabeza) parecía complicar las perspectivas de la fuerza de Álvarez. En primer lugar, dos funcionarios menemistas (Gustavo Béliz y nada menos que Domingo Cavallo) habían abandonado el gobierno con un discurso crítico, para construir nuevos emprendimientos políticos, que prometían absorber parte del caudal electoral antimenemista. En segundo lugar, la UCR, de la mano de un liderazgo con trayectoria pero minoritario dentro del partido que aún dominaba Alfonsín, recomponía su posición en el escenario porteño, alcanzando la Jefatura de Gobierno en las primeras elecciones para ese cargo.

Estos acontecimientos, sumados a la amenaza de un giro en el peronismo hacia un discurso crítico de la gestión de Menem, decidieron a Álvarez a ensayar una estrategia coalicional con la UCR, acentuándose la tendencia a la heterogeneidad organizacional y al vaciamiento discursivo, habida cuenta de que la figura con mejor proyección en el centenario partido era Fernando de la Rúa. Estas tendencias profundizaron el discurso anticorrupción, para contener la diversidad de visiones y expectativas, y la figura de De la Rúa resultaba compatible con la vacía diferenciación respecto de la “fiesta” menemista, volviendo verosímil el discurso renovador aún cuando se garantizaba hasta el hartazgo la continuidad del modelo económico.

Sobre dicha estrategia discursiva, Fernando de la Rúa y “Chacho” Álvarez se impusieron en las elecciones presidenciales de 1999 sobre el candidato peronista, Eduardo Duhalde, y sobre el ex ministro de economía de Menem, Domingo Cavallo. Si bien el triunfo nacional no tuvo una traducción en el mapa de los ejecutivos provinciales (reteniendo el peronismo el gobierno de la mayoría de las provincias), sí se produjo un efectivo “arrastre” electoral a nivel de numerosas intendencias, instalando a una serie de liderazgos locales (en Córdoba, Morón, Neuquén, por ejemplo) como figuras de renovación política. Sobre dicho discurso, el frepasista Aníbal Ibarra alcanzó la jefatura de gobierno de la ciudad, en el año 2000.

Apenas un año más tarde, el discurso aliancista se revelaba incapaz de resolver las faltas que impugnaba a su predecesor, agravándose la crisis económica por la pérdida de financiamiento externo, y estallando diversos escándalos de corrupción, uno de los

cuales derivó en la renuncia del vicepresidente, con el consecuente quiebre de la coalición y su reestructuración a partir de la entrada de Domingo Cavallo en el Ministerio de Economía. Dichos fracasos configuraron una coyuntura crítica de disolución social y política, en la cual las características imputadas por el discurso frepasista al gobierno de Menem se trasladaron a la corporación política en su conjunto, cada vez más percibida como una “clase” parasitaria y corrupta. Esos elementos se pusieron en evidencia electoralmente por el record de abstención y voto blanco y nulo en las elecciones legislativas de 2001, y tuvo su desenlace en la profundización del ciclo de movilización y protesta hacia finales de año, con la renuncia anticipada del Presidente, condicionada por una manifestación popular de novedosas características. La ciudad, nuevamente, se convirtió en el epicentro de novedosas formas organizacionales surgidas de la sociedad civil, especialmente de ciudadanos de clase media sin anteriores vínculos políticos entre sí, aunque su alcance se reveló, posteriormente, mucho más limitado y breve de lo que podía anticiparse.

Recomposición política y preeminencia del progresismo

En dicho marco de movilización y apertura de la agenda pública a demandas tan heterogéneas como radicales, los mandatarios provinciales adquirieron un importante margen de autonomía frente a las autoridades nacionales, logrando aislarse de la situación de incertidumbre política que imperaba en el país. En este contexto, si bien el gobierno porteño se encontraba en una situación delicada frente al ciclo de protestas, el despliegue de diversos mecanismos de participación política y de contención del derrumbe social de porciones significativas de la población, le habían permitido renovar sus credenciales progresistas, con una notable porción de autonomía frente a la debilidad del ejecutivo nacional y beneficiado por su buena salud fiscal frente al resto de los gobiernos distritales. Dichos elementos ubicaban a Ibarra como referente indiscutido del progresismo a nivel nacional, en un escenario fragmentado y dominado por poderes locales/territoriales que difícilmente podían definirse como emergentes de una renovación.

Por otro lado, el gobierno provisional de Eduardo Duhalde, designado por la Asamblea Legislativa para concluir el período de gobierno de la Alianza, luego de una serie de sucesiones presidenciales frustradas, había asumido con éxito la recomposición de cierta

estabilidad económica y social, muchas veces al precio de la represión de otras alternativas. Dicho proceso encontraba su fundamento en la excepcionalidad política, y se presentaba a sí mismo como una transición hacia un horizonte indeterminado de recambio político, cuyo signo ideológico era un auténtico arcano .

En este contexto, paradójicamente, la proliferación de diferenciaciones ideológicas habilitó una creciente indefinición, frente a la cual el electorado se comportó de manera inconsistentemente selectiva. En las elecciones presidenciales, los electores porteños no se inclinaron mayoritariamente por opciones progresistas (se impuso el ex ministro de la Alianza Ricardo López Murphy, de orientación de centroderecha), y, aunque tendencialmente privilegiaron al polo no peronista (alcanzando el ex ministro aliancista y la ex referente radical Elisa Carrió performances superiores a su desempeño nacional), los tres candidatos presidenciales provenientes del justicialismo superaron, sumados, todos los récords del peronismo en el distrito. Este crecimiento justicialista en el distrito era tironeado por la figura de Kirchner, quien, a pesar de ser conocido sólo como el delfín de Duhalde, supo captar una mínima pero casi decisiva porción del electorado no peronista porteño, perdiendo el segundo lugar por apenas 13 mil votos frente a Carrió.

En paralelo a este proceso, Ibarra acuñó una estrategia para protegerse de la escena nacional y así facilitar su reelección (objetivo de casi la totalidad de los poderes locales en todo el país): el uso estratégico del calendario electoral. Ibarra recurrió, en primera instancia, al adelantamiento de las elecciones, con el objetivo de eliminar de la competencia a los presidenciables (tanto Carrió como López Murphy depositaban sus expectativas en la ciudad, lo mismo que el candidato a vicepresidente por el Frente para la Victoria, Daniel Scioli). Esta estrategia fue luego inhabilitada por la Justicia, lo que derivó, casi accidentalmente, en un segundo impulso a la ambición ibarrista.

Sucede que, luego de asumir la presidencia, Kirchner se dedicó a construir su legitimidad aportando una orientación de centroizquierda al proceso de recomposición iniciado por Duhalde, caracterizado por tempranas medidas en materia de derechos humanos, tratamiento no represivo de la protesta social, renovación de la Corte Suprema de Justicia y reorientación estratégica hacia la región. Estas medidas se inscribían en una diferenciación con un pasado demonizado de corrupción, impunidad y exclusión,

protagonizado por una vieja política corporativa y conservadora, alineada con los poderes fácticos, y “a espaldas de los argentinos”¹¹.

La construcción de una frontera entre dos argentinas posibles, ubicaba el lugar de la recuperación de aquello que se consideraba perdido durante treinta años, en un voluntarismo político de orientación progresista. Aunque estos elementos se inscribían en lo que podría llamarse un populismo atemperado¹², la dicotomización del campo político entre dos “proyectos del país”, distribuidos temporalmente en el pasado y el futuro, habilitaba a Ibarra a volver a presentarse dentro de un marco progresista de renovación política. Para ello, Ibarra necesitaba construir una escena que lo colocara dentro del espacio renovador, pero sin quedar atrapado en su dimensión populista, por lo que debía, al mismo tiempo, aglutinar un espacio plural (y heterogéneo) y oponerlo a una referencia identificable con el pasado.

El uso estratégico del calendario electoral había favorecido la instalación de dicha escena, pero sólo con la exclusión de una serie de precandidatos para conformar el gabinete nacional ésta pudo terminar de configurarse. A partir de ella Ibarra logró posicionarse como único referente del progresismo, presionando el alineamiento tras de su candidatura tanto de Elisa Carrió, el PS y sectores del radicalismo, como de Néstor Kirchner y sectores del peronismo, e incluso sumar al economista de la CTA, Claudio Lozano. La candidatura de Mauricio Macri al frente de un armado heterogéneo con figuras de trayectoria partidaria diversa (cuando no escasa y nula), más el apoyo del mutilado PJ porteño, sirvió a Ibarra para ubicar una amenaza frente a la cual posicionarse.

La campaña giró en torno a la instalación de la frontera con una vieja política, unánimemente caracterizada como corrupta, pero a partir de elementos diferentes, que movilizaban principios de lectura distintos respecto de lo acontecido en diciembre de 2001.

El relato ibarrista identificaba la corrupción con la apropiación de lo público. En este sentido, la renovación política progresista que encarnaba se identificaba con una

¹¹ Slipak, 2007.

¹² Aboy Carlés, 2005.

recuperación de aquello que había sido tomado (en este sentido, se ubicaba en sintonía con la lectura regeneracionista de Kirchner, e incluso se mostraba heredera del Frepaso), al mismo tiempo que señalaba a otros actores del campo político como nuevas amenazas de apropiación. En este sentido, Compromiso para el Cambio aparecía como la aventura personal de uno de aquellos empresarios beneficiados con las políticas de los noventa (incluso uno de sus emblemas), que aparecía para completar su voluntad privatista, ubicándose él mismo al frente de la maquinaria estatal para quedarse con lo que es de todos.

En estos términos, en la referencia a lo público como aquello que ha sido apropiado continuaban conviviendo dos vectores que el Frepaso supo combinar: la cuestión social de la exclusión (que lo público fuera de todos evocaba una demanda de inclusión) y la cuestión ética del respeto republicano por las instituciones (lo público es el lugar neutral de la comunidad en su conjunto, ubicado más allá de las disputas políticas). El segundo de estos vectores era la clave de la eficacia del discurso progresista: sin un verdadero anclaje en los sectores pauperizados, y con poco capital político para radicalizar el argumento de la igualdad, la potencial cara plebeya del reclamo por la inclusión quedaba subsumida debajo del respeto por las instituciones. Este elemento, que, una vez más, le permitía al progresismo interpelar a los mayoritarios sectores medios porteños, era también la principal herramienta para mantener cierta autonomía frente al peronismo (habida cuenta de su reagrupamiento tras un liderazgo de centroizquierda, reactivando el abanico populista entre su dimensión nacional-popular y nacional-estatal).

Del otro lado estaba el macrismo, que validó el “efecto de frontera” ensayado por el kirchnerismo, tratándolo de ubicarse también en su viento de cola, aunque de manera divergente a la de Ibarra. El discurso macrista denunciaba también a la vieja política, y si ésta tenía algo de corrupta, era por su abroquelamiento corporativo y su ineficacia: los políticos estafan a la gente prometiendo para alcanzar o mantenerse en el cargo, y luego no cumplen. “Que se vayan todos” podía ser exagerado y peligroso, pero reflejaba un agotamiento legítimo de los ciudadanos frente a la estafa de los políticos, y exigía a las personas responsables y preparadas asumir el compromiso de renovación política. De este modo, Macri movilizaba otra tradición que incorporaba elementos ciertamente de tecnocratismo antipolítico, pero también podía ubicarse en sintonía con una sociedad civil movilizadora frente a una clase política que la había llevado al colapso. Sin estos

elementos (que, en la medida en que finalmente se impuso la perspectiva ibarrista, tendieron a soslayarse) el triunfo en primera vuelta de Mauricio Macri resultaría incomprensible.

El triunfo en segunda vuelta de Aníbal Ibarra logró imponer la perspectiva en torno al sentido de la “frontera progresista” con los noventa, invisibilizando momentáneamente el predicamento de la versión macrista sobre 2001. El clivaje político entre un “pasado corrupto” y un “presente progresista” estructuró la comunicación política, tanto en momentos de normalidad como de crisis, durante toda la gestión ibarrista, pero convivía con enunciadores y acontecimientos que marcaban otras tendencias, instalando una competencia que alcanzó verdaderas coyunturas críticas (como la toma de la comisaría 24 por el piquetero Luis D’Elía, los incidentes en la Legislatura porteña por la aprobación de un nuevo Código Contravencional elaborado por el macrismo, la emergencia del liderazgo de Juan Carlos Blumberg en medio de multitudinarias marchas en el centro porteño, y, finalmente, la movilización de los familiares de las víctimas del incendio de República de Cromañón). Por otra parte, la polarización mencionada se mostraba insuficiente para sostener la coherencia del armado político que apoyó a Ibarra en su reelección, siendo Fuerza Porteña uno de los primeros espacios en fragmentarse en la Legislatura de la ciudad.

En este contexto de fragmentación y recurrentes escenas críticas, Ibarra mantenía vigente el discurso con el que porciones mayoritarias del electorado (especialmente, de clase media) se identificaban, instalándolo al frente de una corriente política que podía servirse de lo mejor del gobierno kirchnerista sin asumir los costos ni la responsabilidad por sus defectos. La convivencia entre las versiones progresista y nacional-popular del giro a la izquierda estaba garantizada por la voluntad de Kirchner de dar una disputa en el interior de la galaxia peronista, utilizando la herramienta de la “transversalidad” como forma de inclinar la balanza entre los actores peronistas hacia la izquierda, y así disciplinar a los poderes distritales¹³.

Del déficit de gestión y control al déficit de mediación política.

¹³ Novaro, 2006.

Hacia fines de 2004, entonces, podemos identificar una preeminencia de la retórica progresista, pero en un escenario de fenomenal fragmentación política, con una compleja articulación con la versión nacional-popular del centroizquierda y una competencia con un discurso de centroderecha que intentaba (con éxitos parciales) reconvertirse a la nueva escena. Es en este contexto que sucede el incendio del boliche República de Cromañón durante un recital, dejando un saldo de 194 muertos

La magnitud del acontecimiento lo convirtió en un verdadero trauma, y los actores políticos se veían interpelados por una opinión pública incapaz de elaborar el suceso de otra forma que no fuera la búsqueda de responsabilidades individuales. Los discursos movilizados, aún en su heterogeneidad, articulaban dos significantes centrales del imaginario político argentino, que tradicionalmente movilizaban sensibilidades políticas divergentes: por un lado, el reclamo al estado era potencialmente inscribible en términos de inseguridad (definiendo a ésta como la desprotección de los ciudadanos por parte del Estado frente a la falta de escrúpulos de los empresarios, es decir, como la desprotección de todos frente a los intereses de algunos); mientras que la denuncia de coimas como facilitadoras de este estado de cosas la asociaba directamente al significativo corrupción (definido, como señaláramos anteriormente, como la gestión de los bienes de todos en beneficio de los intereses de algunos). El incumplimiento de la protección de los ciudadanos por parte del Estado fue entendido como síntoma de una estafa de los políticos, que prometen para hacerse con el cargo y luego no cumplen con una gestión eficiente.

La articulación entre ineficiencia, corrupción e inseguridad reactualizaba el marco interpretativo enunciado por Macri en 2003, volviéndolo verosímil en una coyuntura en que su fuerza política se mostraba homogénea y significativa en los espacios institucionales de la ciudad. El macrismo utilizó estos recursos para ejercer oposición, pero al mismo tiempo quedó en la incómoda posición de llevar un proceso político potencialmente costoso frente al electorado. En esta línea, el macrismo encontró la compañía y la presión, de los partidos de izquierda, y un aliado renuente en el ARI, otrora parte importante de la coalición progresista gobernante.

El Jefe de Gobierno movilizó el mismo discurso inaugurado en 2003, denunciando un intento de “golpe institucional” por parte de sectores de la vieja política y la derecha de

los negocios, lo que lo ubicaba en el centro de un arco progresista amenazado. La actitud ambivalente de la opinión pública, de la sociedad civil movilizada y de la gran mayoría de los actores políticos estuvo dominada por la pugna entre estas dos descripciones del proceso, y sus alineamientos finales ante las instancias decisivas obedecían por completo a estas definiciones de la situación.

El desarrollo de este proceso acontecía en paralelo al ciclo electoral de 2005, y la marginación política de Aníbal Ibarra complicaba el panorama de la transversalidad, precisamente en una coyuntura en la que Kirchner asumía la batalla contra el “pejotismo”, encarnado en su otrora promotor, Eduardo Duhalde. La completa dependencia que mostró Ibarra hacia Kirchner (e incluso hacia el propio “pejotismo”, como quedó ilustrado en la designación de Juan José Álvarez al frente de las políticas de seguridad en la ciudad), en el momento en que más se requería su aporte, constituyó un golpe en la estratégica vinculación del discurso populista con los sectores medios, que fue soslayado en su momento por la contundente victoria en la Provincia de Buenos Aires, y el consecuente disciplinamiento de los poderes peronistas locales.

En las elecciones porteñas, la polarización entre un presente progresista y el pasado de la derecha de los negocios se encontró distorsionado por el desplazamiento de los actores. La intervención del kirchnerismo en tanto tal (a pesar de la cuidada subexposición de los sectores más peronistas) y su competencia con un ARI tensionado por el intento de hacer pie en sectores de centroderecha, convergieron en desdibujar aún más la especificidad del progresismo. Frente a ello, la fortalecida figura de Macri se preocupaba por desmontar la caracterización de “aventurero de derecha”, para lo cual incorporó a su armado al partido de Ricardo López Murphy. Macri intentó jugar esta incorporación en dos sentidos divergentes. Por un lado, la asociación con el menemismo (y con el duhaldismo) se veía matizada por la incorporación de un dirigente de credenciales antiperonistas, lo que, por otra parte, daba cierta imagen de seriedad y pluralismo a una oferta que podía aparecer como “apropiada” por el ex presidente de Boca. Por otro lado, la verba propositiva con la que se había identificado Macri tomaba un nuevo impulso luego del proceso a Ibarra, lo que supo aprovechar rebautizando a su fuerza política en unos términos que lo fijaran bien lejos del pasado: el PRO.

El contundente triunfo de Macri (reteniendo su caudal electoral intacto incluso en los distritos que, se suponía, le eran esquivos), marcó el inicio de un nuevo equilibrio de fuerzas, que lo ubicaban como primera minoría, seguido de dos fuerzas de expresión nacional. Este nuevo equilibrio se cristalizó en el proceso político a Ibarra, incluso antes de la renovación del cuerpo legislativo. De la gran coalición progresista, Ibarra ahora sólo contaba con el apoyo de un par de legisladoras propias, el socialismo, el bloque kirchnerista (que se reveló como el más indisciplinado, definiendo la suerte del Jefe de Gobierno) y el ideológicamente inefable Partido de la Ciudad . Afuera, y en contra, había quedado el ARI, que se sumó al extenso arco político que votó por la destitución.

Progres somos todos: fin de la hegemonía progresista

El gobierno provisional de Jorge Telerman profundizó la dinámica de realineamientos políticos permanentes, al impulsar una estrategia reeleccionista que seguía los principios acuñados por Ibarra en 2003: la construcción desde el vértice del poder estatal local de un armado político heterogéneo identificado con un perfil progresista “independiente”. Telerman buscó apoyo en todos los candidatos presidenciales relevantes (Kirchner, Carrió y Lavagna) y negoció cargos con una multiplicidad de sectores “en disponibilidad”.

La estrategia de adelantar las elecciones puso en apuros a todos los actores políticos, incapaces de presentar figuras competitivas en todas las arenas de competencia (por lo que Scioli, Macri, Carrió e incluso Lavagna, hacían malabares para mantenerse en el centro de una escena indefinida, que involucraba la nación, la ciudad y hasta la provincia de Buenos Aires). En parte, Telerman logró su objetivo de alinear al ARI (desmembrado luego de las tensiones por la avanzada de Carrió en el desperfilamiento ideológico, cristalizado en el lanzamiento de la Coalición Cívica), al socialismo y a una multiplicidad de sectores kirchneristas. Que Kirchner se definiera por la estrategia de Alberto Fernández y aprobara la candidatura de Daniel Filmus no implicaba un escollo mayor: su insignificancia en las encuestas le permitían a Telerman retener el lugar de representante verosímil del kirchnerismo, sin pagar los costos por formar parte del Frente para la Victoria¹⁴.

¹⁴ Mauro, 2009a.

Pero la estrategia telermista se desarrollaba en un contexto muy diferente al de 2003, y que progresivamente fue revelándose incompatible con la reedición de la oferta ibarrista. En primer lugar, la herramienta de la “transversalidad” había mostrado sus limitaciones, especialmente luego de que la resolución de la interna peronista le otorgara al oficialismo una herramienta electoral y de gobierno mucho más eficaz. En este sentido, el oficialismo optó por una nueva estrategia coalicional, denominada “concertación”, que aglutinaba una diversidad de liderazgos y estructuras desde el criterio de la gobernabilidad: desde 2003, Kirchner había reparado en la importancia de los poderes territoriales, y, con miras hacia el período 2007-2011, el presidente consideraba vital posicionarse al frente de una “liga de gobernadores” para garantizar la estabilidad del gobierno.

En segundo lugar, reeditar la oferta ibarrista chocaba con el hecho contundente de que el propio Ibarra participaba de la contienda, y en una fila opuesta a la de Telerman. Y eso sin contar un hecho fundamental en el que parecían no reparar ninguno de los actores: Ibarra había sido destituido, y la identificación con su propuesta había sido derrotada electoral e institucionalmente.

Por último, estos dos elementos mencionados configuraban un margen muy estrecho para construir una propuesta progresista independiente, en tanto el desperfilamiento ideológico tanto de Kirchner como de Carrió (e incluso de Macri) abonaba el terreno a un clivaje entre populismo y república, cortando por la mitad el abanico de la centroizquierda.

Estos tres elementos fueron sistemáticamente soslayados por los actores progresistas, que agotaron sus recursos en una pelea abierta por ocupar el lugar de contendiente con el macrismo, sin darse cuenta de que esa misma batalla desgastaba la mayoría que el progresismo suponía cristalizada¹⁵. En este sentido, la proliferación de referentes progresistas contribuyó a un vaciamiento aún mayor de su propuesta (ser “progre” podía significar ser peronista o ser antiperonista, luchar por la distribución del ingreso o por la vigencia del Estado de derecho, llevar un estilo de vida sofisticado y bohemio, o

¹⁵ Ídem.

sencillamente estar a favor de la escuela y la salud públicas), y el progresivo borramiento de la frontera con un pasado que cada vez era más lejano, abría paso a una nueva interpretación de los acontecimientos políticos.

En este sentido, el macrismo logró instalar un nuevo punto de identificación política a partir de la profundización de una estrategia que ya le había dado el triunfo en 2005. La derrota de Ibarra luego de Cromañón habían validado la lectura macrista sobre el progresismo vacío (o progresismo del discurso y no de los hechos), dando una densidad especial a los síntomas de los déficits del Estado (nos referimos a las particulares formas de definir inseguridad y corrupción) al encarnarlas en las incapacidades técnicas o personales de los liderazgos progresistas. Esta desautorización de la retórica progresista dejaba expuesta a la articulación nacional-popular, cuyo énfasis en el conflicto político y desdén por la retórica liberal democrática podían ser fácilmente imputados como déficits del kirchnerismo. En este sentido, Macri podía invertir la narrativa de un espacio público (neutral, apolítico, de todos) amenazado por una voluntad de apropiación, ahora encarnada en el discurso nacional-popular kirchnerista (Montero, 2007). Como hemos planteado desde el inicio, esta inversión de la frontera progresista no podría haberse efectivizado sin el vaciamiento programático previo (que fue, paradójicamente, la condición de su acceso a las mayorías), por el cual el progresismo sólo implicaba una defensa de lo público, como espacio neutral y ajeno a la lucha política.

Por otra parte, para que estos elementos pudieran condensarse, Macri debió profundizar el desplazamiento de su oferta política de los términos de “aventura personal”. En este sentido, la incorporación de Gabriela Michetti a la fórmula ponía en escena una fuerza política “desapropiada”, en la que los compañeros de ruta del empresario podían criticarlo descontracturadamente, dramatizando una pluralidad deliberativa que complejizaba la imagen inicial de equipos técnicos apolíticos. Lo que en 2003 aparecía como antipolítico podía aparecer ahora como sensatez y calidad institucional, frente a una voluntad de poder hegemónica encarnada en el gobierno nacional. Por último, para que esta afirmación tuviera éxito, Macri debía evitar la confrontación directa, produciendo una diferenciación política desde la “propuesta” y la buena voluntad, ubicándolo en un lugar diferente al de la encendida retórica de la denuncia que caracterizaba a Carrió.

Con estos elementos, Macri pudo imponerse con facilidad ante los armados heterogéneos (e inverosímiles ante el electorado) de Filmus y Telerman, e incluso le permitió erosionar las posibilidades de su socio en las elecciones presidenciales, ubicándose como referente de oposición indiscutido desde la ventajosa posición del ejecutivo local. Con la automarginación del macrismo de las elecciones nacionales (cuya campaña apuntó a la renovación de sus bancas en la Cámara de Diputados), el clivaje que estructuró la competencia colocó a Elisa Carrió como referente opositora a la invectiva nacional-popular. La erosión del espacio progresista reinstalaba, entonces, una oposición directa en los términos en que el Frepaso se opusiera al menemismo: los defensores de la ética y la legalidad frente a las amenazas antidemocráticas del populismo.

Frente a este nuevo escenario, el kirchnerismo ha intentado reactivar el espacio progresista, pero cada vez con menores recursos y menores convicciones, lo que ha derivado en una profunda dispersión del armado, que comenzó con la salida de Alberto Fernández del gabinete nacional y concluyó con el cierre de listas para las elecciones legislativas de 2009, cuando el tradicional armado kirchnerista local fue virtualmente reemplazado por otros actores.

Conclusiones

A lo largo del presente artículo hemos analizado el ascenso, crisis y caída de la retórica progresista como dominante de la escena política porteña. Su trayectoria contingente, y casi accidental, permiten intuir el grado de desestructuración de la competencia política, tanto a nivel nacional como porteño. En efecto, el grado de personalización y mediatización de la política llevan a una fluidificación de los clivajes, que ya no alcanzan a cristalizar en organizaciones e identidades duraderas, sino que se superponen como capas sedimentarias en procesos de identificación consecutivos y contradictorios. De esta forma, los interrogantes que abre la lectura de esta experiencia a la luz del devenir del ciclo político posterior son numerosos, y centrales para la comprensión de la dinámica política contemporánea.

En primer lugar, la condición del acceso del progresismo a las mayorías estuvo signada por la ambigüedad y el vaciamiento programático. En efecto, en la política contemporánea (y, podría afirmarse, en la política a secas) cierto grado de vaciamiento propositivo es necesario para la articulación de expectativas divergentes: siguiendo al Laclau de *La Razón Populista*¹⁶ podríamos afirmar que es ésta una de las condiciones necesarias de la representación política. Pero, señalando la naturaleza paradójica de todo proceso político, dicho vaciamiento entra en tensión con la capacidad formativa de la representación política: siguiendo al Laclau de *Hegemonía y Estrategia Socialista*¹⁷, no existe voluntad política alguna si el representante no ejerce su rol de conducción y de articulación en torno de ideas. En este sentido, el desinterés del progresismo por los sectores populares (cuyas prácticas, muy distantes de los homogéneos sectores obreros industriales de antaño, son un arcano para la izquierda vernácula) y su obsesión por sintonizar las sensibilidades de los sectores medios (políticamente desleales y fuertemente influenciados por los medios de comunicación) han sido la garantía de su éxito, y al mismo tiempo, su condena al fracaso.

En este sentido, un segundo interrogante se abre, y es el de la relación entre la retórica de centroizquierda y la del populismo. La experiencia de los últimos 15 años pareciera reeditar el viejo dilema del progresismo argentino: o mantenerse en el polo liberal democrático (y, por ende, antiplebeyo) o intentar convivir con el peronismo y terminar cooptado por él. Si la política contemporánea presenta una novedad en este problema, consiste en la comprobación de que, si bien es cierto que el favor de los actores peronistas es condición necesaria para la gobernabilidad (es decir, “sin el peronismo no se puede gobernar”), también es verdadero que dicho alineamiento no es condición suficiente para sostener un gobierno eficaz y popular. Las tensiones internas de la familia peronista, que abandonó su pretensión de ser un partido, pero que tampoco ha vuelto a ser un movimiento; se incorporan ahora a un nuevo formato representativo que ha transformado a todas las organizaciones políticas y sociales. Estos elementos llevan a una dinámica coyunturalista, fluctuante y fragmentaria, por la cual se amplía la capacidad de los liderazgos de popularidad de aglutinar fragmentos de estructuras organizativas (incluyendo las peronistas), lo que determina que, sin un anclaje en la

¹⁶ Laclau, 2005.

¹⁷ Laclau y Mouffe, 2003.

opinión pública, la miríada de poderes territoriales que “garantizan la gobernabilidad” se reagrupe bajo otro polo.

Lateralmente, el trabajo precedente ha intentado referirse a esta reflexión, destacando la relevancia del discurso progresista (con sus particularidades) para el éxito de la identificación nacional-popular propuesta por el kirchnerismo. En buena medida, el devenir de la imagen presidencial en la comunicación política ha estado condicionada por su relación con el discurso progresista, como así también los lugares de enunciación que han tratado de construir los otros actores del abanico político han estado condicionados por su declive.

Bibliografía

- ABOY CARLÉS, G. *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Rosario, Homo Sapiens. 2001
- “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación” en *Estudios Sociales*, N° 28, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe. 2005
- ARMONY, V. “Aportes teórico-metodológicos para El estudio de la producción social de Sentido a través del análisis del Discurso presidencial”, en *Revista Argentina de Sociología*, N° 4. 2005
- AUYERO, J. *La política de los pobres- Las prácticas clientelares del peronismo*, Manantial, Buenos Aires, Buenos Aires, Manantial. 2001
- BRIL MASCARENHAS, T. “El colapso del sistema partidario de la ciudad de Buenos Aires. Una herencia de la crisis argentina de 2001-2002” en *Desarrollo Económico*, Vol. 47, N° 187. 2007
- BURDMAN, J. *Los porteños a las urnas. 1916-1997*, Buenos Aires, Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría. 1998
- CALVO, E. y M. ESCOLAR *La nueva política de partidos en la Argentina. Crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral*, Buenos Aires, Prometeo. 2005
- CHERESKY, I. (comp.) *La política después de los partidos*, Buenos Aires, Prometeo. 2006

- CHERESKY, I. y J.M. BLANQUER (comp.) *De la ilusión reformista al descontento ciudadano*, Rosario, Homo Sapiens. 2003
- CORRAL, D. “La seducción del instante y el hastío de la duración” en RINESI, E.; G. NARDACCHIONE y G. VOMMARO, *Los lentes de Víctor Hugo*, Buenos Aires, Prometeo. 2007
- FREYTES, C. “El quiebre del consenso neoliberal: las estrategias discursivas de La Nación en la crisis de diciembre de 2001”, en 3º Jornadas de Jóvenes Investigadores, IIGG, UBA. 2005
- LACLAU, E. y C. MOUFFE, *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires, FCE. 2003
- LACLAU, E. *La razón populista*, Buenos Aires, FCE. 2005.
- LEIRAS, M. *Todos los caballos del rey*, Buenos Aires, Prometeo. 2007
- MAIR, P. *Party system change: Approaches and interpretations*, Oxford, Clarendon Press. 1997
- “Democracy beyond parties”, Irvine, Center for the Study of Democracy. 2005
- MALAMUD, A. y M DE LUCA “Las anclas de la continuidad: la estabilidad del sistema partidario en la Argentina, 1983-2003”, *VII Congreso SAAP, Córdoba*. 2005
- MANIN, B. *Los Principios del Gobierno Representativo*, Madrid, Alianza. 1998
- MAURO, S. “Buenos Aires viceversa. La ciudad autónoma y la recomposición permanente de la escena”, en CHERESKY, I. (comp.) *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*, Rosario, Homo Sapiens. 2009a
- “Identidad, narración y hegemonía en el discurso de los familiares de víctimas de Cromañón”, en actas del *I Congreso Nacional sobre Protesta social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales*, Buenos Aires, UBA. 2009b.
- MONTERO, F. “El devenir de una ilusión. Las tensiones entre kirchnerismo y progresismo. Una lectura a partir de su incidencia en el escenario de la Ciudad de Buenos Aires”, en 4ª *Jornadas de Jóvenes Investigadores*, IIGG, UBA. 2007
- NOVARO, M. “Izquierda y populismo en Argentina: del fracaso del Frepaso a las incógnitas del kirchnerismo”, en PÉREZ HERRERO, P. (comp.) *La izquierda en América Latina*, Instituto Universitario Ortega y Gasset y Fundación Pablo Iglesias, Madrid. 2006

- NOVARO, M. y V. PALERMO “Menemismo, pragmatismo y romanticismo” en *La Historia Reciente. Ensayos sobre la experiencia democrática argentina*, Edhasa, Buenos Aires. 2002
- RINESI, E.; G. NARDACCHIONE y G. VOMMARO, *Los lentes de Víctor Hugo*, Buenos Aires, Prometeo. 2007
- SCHERLIS, G. “El partido estatal estratárquico de redes. Apuntes sobre organización política en la era de los partidos no representativos” en CHERESKY, I. (comp.) *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*, Rosario, Homo Sapiens. 2009
- SLIPAK, D. “Entre límites y fronteras: articulaciones y desplazamientos en el discurso político de la Argentina pos crisis (2002-2004)”, en *4ª Jornadas de Jóvenes Investigadores*, IIGG, UBA. 2007
- TORRE, JC. “Los huérfanos de la política de partidos” en *Desarrollo Económico*, Vol. 42, N° 168. 2003
- VOMMARO, G. *Lo que quiere la gente. Sondeos de opinión y espacio de la comunicación política en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo. 2007

Anexo. Resultados electorales 1997-2007. Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Elecciones 26 de octubre de 1997. Diputados Nacionales y Legisladores.

	Diputados nacionales			Legisladores porteños		
Alianza	1.090.843	56,80%	9	1.083.493	56,03%	37
PJ	345.466	17,99%	2	332.679	17,20%	11
APR-ND	327.542	17,06%	2	328.885	17,01%	11
UPT-MID	41.151	2,14%	-	36.348	1,88%	1
Otros	115.329	6,09%	-	152.425	7,99%	-
Total votos positivos	1.920.331	95,79%		1.933.930	96,42%	
Blanco / nulo	84.347	4,04%		71.809	3,46%	
Total votos emitidos	2.004.678	78,84%		2.005.639	78,84%	

Fuente: Dirección Nacional Electoral

Electores hábiles: 2.542.567

Elecciones 7 de mayo de 2000. Jefe de Gobierno y Legisladores

Partidos	Jefe de Gobierno		Legisladores	Cargos
Alianza	49,3% (884.703) Ibarra - Felgueras	39% (699.979)	36,67% (652.182) Olivera	24
Ucedé		4,44% (79.629)	4,16% (74.061) Crespo Campos	2
Jubilados y Juventud		3,10% (55.695)	2,98% (53.023) Mercado	2
De la Generación Intermedia		2,76% (49.580)	2,67% (47.473) Marino	1
Encuentro por la ciudad	33,2% (595.775) Cavallo - Béliz		30,83% (548.324)* Oyhanarte	20
PAIS	4,6% (82.482) Roy - C. de Dios		6,68% (118.795) Roy	4
Izquierda Unida	3,43% (61.578) Walsh		4,43% (78.746) Echegaray	2
BA para Todos	2,78% (49.855) Cartañá - Selser		2,98% (53.044) Giorno	2
PJ	1,68% (30.096) G.Ocampo - Jozami		2,09 (37.259) O'Donnell	1
Humanista	1,72% (30.835) Méndez - Cevey		2,22% (39.553) Méndez	1
FUT-PO	1,45% (25.968) Rieznik - Villamil		2,05% (36.419) Altamira	1
Otros	3,3% (57.484)		2,24% (39.858)	-
Votos positivos	1.794.695		1.778.737	
Blanco	2,62% (48.896)		4,46% (65.175)	
Anulados	1,36% (25.422)		3,32% (25.101)	

*Compitió con la boleta 271 (Alianza Acción por la República), con otra composición

Fuente: Tribunal Superior de Justicia

Electores hábiles: 2.533.040. Total votantes: 1.869.013.

Elecciones 24 de agosto de 2003. Jefe de Gobierno, Diputados Nacionales y Legisladores

Partidos Políticos	Jefe de Gobierno		Diputados Nacionales		Legisladores Porteños	
Compromiso Para el Cambio	37,55% 660.748 Macri R. Larreta	256.299 14,57%	35,28% 611.013 Vanossi	5	10.35% 179.730 Michetti	7
Frente de la Esperanza Porteña					12.2% 211.783 De Estrada	8
Movimiento Generacional					140.645 8.1% Mercado	5
Alianza de Centro					95.398 5.5% Lynch	3
Fuerza Porteña	590.051 33,54% Ibarra- Telerman	256.299 14,57%	13,43% 232.661 Lozano	2	13.84% 240.270 Laporta	9
De la Ciudad		192.489 10,94%	10,17% 176.144 Giudice	1	10.22% 177.334 Giorno	7
De la Revolución Democrática		141.263 8,03%	8,87% 153.743 Bonasso	1	7.38% 128.173 Kravetz	5
Autodeterminación y Libertad	216.168 12,29% Zamora- Molina		12,02% 208.238 De Brasi	2	12.53% 217.583 Oliveto	8
Unión Para Recrear BA.	171.765 9,76% Bullrich- Manfroni		9,83% 208.308 Martín	1	9.92% 172.219 San Martino	6
UCR	33.324 1,89% Caram- Isuani		3,27% 56.690 Artaza		2.2% 38.198 Vázquez	1
Otros	5.3% 91.052		7,13% 123.614		134.484	1
Votos positivos	96,99% 1.759.440		95,63% 1.732.411		95.68% 1.735.817	
Blanco/Nulo	2,93% 54.680		4,37% 79.193		4,14% 78.303	

Electores habilitados: 2.597.993. Votantes: 1.814.120 (69.83%)

Fuente: Dirección Nacional Electoral.

Elecciones 2003. Jefe de Gobierno (1ª y 2ª vuelta)

Candidatos	Primera Vuelta	Segunda Vuelta
Macri	639.497 (36.44%)	806.389 (46,5%)
Ibarra	582.138 (32,5%)	926.155 (53,5%)
Zamora	212.637 (12,3%)	
Bullrich	170.023 (9,8%)	
Caram	33.038 (1,9%)	
Otros	91.052 (5,3%)	
Positivos	1.728.385 (96,9%)	1.732.544 (94,7%)
Blanco/Nulo	54.680 (2,93%)	96.145 (4,99%)
Total	1.779.562 (69,83%).	1.825.159 (70,25%)

Fuente: Ministerio del Interior. Dirección Nacional Electoral.

Electores Habilitados: 2.598.993.

Elecciones 24 de octubre de 2005. Diputados Nacionales y Legisladores

	Diputados nacionales			Legisladores porteños		
PRO	34,09%	610.898	6	33.01%	581.923	13
ARI	22,01%	394.373	4	20.66%	364.223	8
FPV	20,49%	367.164	3	19.23%	339.051	7
PS	4,47%	80.017	-	4.98%	87.705	1
AyL	3,53%	63.302	-	3.50%	61.675	1
Otros	15,42%	273.302	-	18.62%	328.298	-
Total votos positivos	100%	1.792.056	13	100%	1.762.875	30
Blanco / nulo	4,92%	92.662		4.98%	92.444	
Total votos emitidos	72,80%	1.884.718		71.89%	1.855.319	

Fuente: Dirección Nacional Electoral
Electores hábiles: 2.588.782

Elecciones 2007. Jefe de Gobierno (1° y 2° vuelta) y legisladores porteños

	3 de junio de 2007				24 de junio
Partido/Alianza	Jefe de Gobierno		Legisladores		2° vuelta
PRO	45,76% (798.292) Macri - Michetti		44,32% (768.748) Narodowski	15	60,94% 1.007.729
Diálogo por BA	23,75% (414.205) Filmus – Heller	12,51% (218.189)	14,44% (250.471) Ibarra	5	39,05% 645.779
Frente para la Victoria		11,24% (196.016)	10,76% (186.559) G. García	3	
Más Buenos Aires	20,68% (360.734) Telerman – Olivera	11,06% (192.843)	9,95% (172.642) Cerruti	3	
Coalición Cívica		9,62% (167.891)	8,59% (148.899) Maffía	2	
MST	2,95% (51.465) Walsh – Bidonde		4,04% (70.065) Walsh	1	
Bs. As. Para todos	2,72% (47.505) Lozano - González		2,97% (51.506) Hourest	1	100% (1.653.508)
Otros	4,12% (72.155)		4,93% (85.504)		
Total	100% (1.744.356)		100% (1.734.394)	30	
Blancos/Nulos*	3,19% (57.479)		3,74% (67.441)		5,99% (105.379)
Votantes**	70,04% (1.801.835)				68,38% (1.758.887)

Fuente: Tribunal Superior de Justicia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Electores hábiles: 2.572.326.

* Porcentaje sobre el total de votantes

** Porcentaje sobre total del padrón